



Relatos de la “*Sīrat al-thāhir Baïbars*”



X – El juicio al monje maldito

17 – Se escapan los muertos

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 2022
Número de páginas: 5
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la Fundación **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

X. 17 – Se escapan los muertos



Por orden de Yauán, los patricios recogieron los cadáveres de Ibrahim y de Edamor, así como las cabezas de cuarenta mamelucos, y las depositaron en unas parihuelas. Transportado de felicidad, el muy sinvergüenza del maldito monje se puso a bailar de alegría.

– ¡Decreto que esta noche sea una noche de fiesta!
–le dijo a Mangoberto– Así que da permiso a tus patricios para que participen en los festejos.

– A tus órdenes, *abbone*.

Mangoberto envió a buscar vino y, cuando llegó la noche, encendieron las antorchas. Yauán y Bartacûsh se instalaron en el salón principal de la torre, reuniéndose con ellos Dikás y Mangoberto, junto con los grandes del reino. Como tiene que ser, el honor de vaciar la primera copa fue para el maldito monje, que bebió la mitad, y la otra mitad la vertió sobre los cuerpos de Ibrahim y Edamor.

– Si me tenéis aprecio, imitadme –clamó Yauán–. ¡Estos descreídos jamás han bebido vino en toda su vida, así que, al menos, lo beban ahora, después de muertos!

No cabe duda de que Dios le inspiró con ese gesto, para que las heridas de estos dos héroes no se endurecieran, y, como había allí más de cincuenta invitados, los cuerpos fueron lavados totalmente con vino.

La borrachería se prolongó hasta las cuatro de la madrugada, y, a esas horas, todo el mundo andaba ya borracho como una cuba y roncando por los rincones.

– ¡Bien; parece que todo el mundo se ha dormido ya! –dijo Yauán a Bartacûsh– ¡Venga, nos vamos!

– Pero, ¿adónde?

– ¡A buscar una taberna que aun esté abierta y continuar con el beborcio!

– Así que Yauán y Bartacûsh abandonaron la torre y se perdieron por las callejuelas de la ciudad. Mientras tanto, los patricios, que estaban de permiso, se habían reunido en el

puente, y andaban también bastante entretenidos festejando la victoria, cuando escucharon unos gritos del otro lado.

– ¿Qué sucede? –se extrañó un oficial.

– Es Mejleptor, el patriarca de El-Tôr, que acaba de llegar –le respondieron.

– ¡Qué raro! ¿Qué le habrá podido sacar de su convento y traerle hasta aquí a estas horas de la noche? En fin, qué más da. ¡Formad en dos columnas para recibirle dignamente!

Cuando llegó el viejo monje, los patricios y los oficiales se arrojaron a sus pies para obtener su bendición.

– ¿Se puede saber lo que pasa aquí? –les preguntó– ¿Qué hacéis fuera de las murallas de la ciudad en plena noche?

– ¡Nos han dado permiso, *abbone!* –respondieron– Y el *babb* está en la torre del puente celebrándolo.

– ¿Y eso? Que yo sepa no estamos en la fiesta de la Invención de la cruz, ni en la de Pascuas...

– No, *abbone*, es porque hemos liquidado a Ibrahim y a Edamor.

– Muy bien, *figlioni*, pero ahora, tenéis que ir os todos a vuestra casa, porque los Apóstoles han venido a verme, y me han enviado al país de los francos para avisar a todos los que me encuentre de que se encierren en sus casas, porque los Apóstoles desean pasearse por estas tierras, sin que se les moleste, y me han dicho que excomulgarán a quienes se encontraran por el camino.

Apenas pronunciadas estas palabras, los patricios se dispersaron en todas direcciones, corriendo a refugiarse en sus casas.

Pero... el patriarca Mejleptor no era otro que el mismísimo Shîha¹; éste, si os acordáis, había salido fiador ante el sultán de la vida de sus tres compañeros². Cuando estos abandonaron Roma, Shîha los siguió la pista hasta llegar al puente de Angobar y no se le escapó nada de lo que había sucedido. Si había dispersado a los patricios era para buscar un medio de recuperar los cuerpos. Contaba con dormir a Dukás y a Mangoberto por medio del *benj*³, y así poder llevarse a Ibrahim y a Edamor; pero, cuando entró en la sala del banquete, vio que no era necesario, pues todos estaban ya borrachos y dormidos.

Cargando con Ibrahim a sus espaldas, salió de la torre y llegó hasta un convento abandonado, que se encontraba no lejos de allí; depositó allí el cuerpo de Ibrahim, bajo un

¹ No es la primera vez que Shîha usurpa la identidad de este digno prelado que, además de centenario y aquejado de reumatismos varios, jamás saca las narices fuera de su convento; ver *Jaque al Rey de Roma*.

² Ver *Jaque al Rey de Roma*.

³ Narcótico utilizado por los aventureros para neutralizar a los enemigos.

árbol del patio, y volvió a salir, cerrando bien la puerta, para ir corriendo a recoger a Edamor. Pero, al entrar en la sala, vio que el segundo cuerpo había desaparecido: lo buscó por todas partes, pero todo fue en vano.

– ¿Quién se lo puede haber llevado? –se preguntó para sí, perplejo.

Como es lógico, no podía saber que el cuerpo se lo había llevado un tal Constantino, sobrino de Mangoberto, que había asistido a la fiesta, pero se había despertado justo después de que Shîha partiera transportando a Ibrahim. Ahora bien, Constantino era propietario de un barrio de la ciudad, en el que había construido cuarenta palacios; al despejarse de la borrachera, se hizo el siguiente razonamiento:

– Si el hijo de la Diabete ha conseguido escapar, el *rey* de los musulmanes no tardará en ser informado; pondrá a todo su ejército en pie de guerra contra mi tío Mangoberto, y arrasará el-Aflâq, destruyendo de un golpe mi única fuente de ingresos. Lo mejor será llevarme los dos cadáveres a mi casa, darles una digna sepultura en mi palacio, y, así, cuando el *rey* tome la ciudad, yo le diré: “No destruyas este lugar en honor a los que aquí están enterrados”. De ese modo, no tendrá más remedio que dejarlo en pie...

Así que se acercó a las angarillas, y, viendo que Ibrahim había desaparecido, cargó únicamente con Edamor, al que se llevó a su palacio para enterrarlo. Pero, el Señor le inspiró la idea de consultar antes a un médico, para asegurarse de que el emir estaba bien muerto. Mandó a buscar a uno de los mejores galenos de la ciudad y le dijo:

– Querría que examinaras a este hombre y, si solo está herido y tú consigues curarle, habrás hecho tu fortuna.

El médico cogió un espejo y lo acercó a la boca de Edamor: un ligero vaho se depositó en el cristal.

– Señor –declaró–, aún está vivo, y queda alguna esperanza. Voy a hacer todo lo que pueda, y si sobrevive a esta noche, se curará.

De modo que el médico se empleó con todo su celo en sanar a Edamor, que consiguió salir del coma. Cuando Edamor se hubo repuesto, Constantino le cortó la cabeza al cirujano, y al criado que había ido a buecarle: era la mejor forma de evitar que se conociera el asunto. Entre tanto, Edamor recobró el conocimiento.

– ¿Dónde estoy? –preguntó.

– ¡Gracias, Señor! –respondió Constantino arrojándose a sus pies– Estás en mi casa.

Entonces, Constantino le contó con todo detalle cómo él le había salvado.

– ¡Esa es una buena acción que no quedará sin recompensa! –le agradeció Edamor– Tú no tienes nada que temer: yo salgo fiador de tu vida.

Así que Edamor se quedó reponiéndose en el palacio de Constantino, gozando de la más generosa hospitalidad.



Próximo relato de “El juicio al monje maldito”:

X.18 ~ El baúl sanador